

«LA ESPAÑA PEREGRINA»

Para comenzar he de advertir, a manera de justificación, que no me creo demasiado capacitada para hablar a fondo sobre un tema tan vasto como lo es la cultura española en el exilio; nunca había meditado suficientemente sobre ello. Ahora me pregunto el porqué, y la respuesta me parece bastante clara: para el joven que en 1944, 1948, 1950... estaba fuera de España, lo que pasaba dentro de su país llegó a convertirse en problema casi obsesivo.

En la década del 40 descubrió con entusiasmo **Nada**, de Carmen Laforet; la narrativa de Camilo José Cela era tema de discusiones constantes... Luego, en el cincuenta y pico, otros novelistas escribían, dentro, lo que muchos jóvenes sentían fuera. Con algún retraso llegaron las palabras de Celaya y el español de fuera creyó, con él, que «la poesía es un arma cargada de futuro»; entusiasmaba a todos la voz fuerte de Blas de Otero; emocionaban los testimonios de Hierro, que hablaba de sus cárceles; la angustia en rebeldía de Angela Figuera Aymerich. Algunos encontraron, con emoción, su propia infancia rota en unas palabras de Eugenio de Nora: «La letra j de jugar, jardín, / las letras de alegría que arden solas, / ¿dónde yacen?... Los niños quieren recobrar su edad».

Hablo de los niños, de los adolescentes, de los jóvenes... En esta mirada hacia la España de «dentro», sería injusto no olvidar a los mayores. La aparición de **Nada** fue una revelación para todos: creadores y críticos de la «España de fuera» hablaron una y otra vez de Carmen Laforet, aquella sorpresa y promesa. Y discutieron a Cela. Y alabaron la obra de un joven dramaturgo, Buero Vallejo. La poesía que surgió en España en la década de los 50, escrita por los jóvenes poetas de la posguerra, hizo cambiar de opinión a algunos críticos y poetas, que creyeron que el exilio se había llevado «la palabra». En este sentido, considero ejemplar la actitud de Max Aub, que si en 1954, en su libro de ensayos **La poesía española contemporánea**, no se refiere para nada a la producida en el interior de España después de la guerra civil, tres años después, 1957, tras el descubrimiento de los nuevos

poetas, haciendo una increíble demostración de comprensión humana y de estudio, publica un libro de singular importancia, en aquel momento, en su medio: **Una nueva poesía española, 1950-1955**: son los poetas de la España de dentro los que estudia ahora Max Aub.

Es indispensable señalar aquí, igualmente, la emoción, dolorosa y esperanzada, de las palabras con las que León Felipe saludó el libro de Angela Figuera Aymerich, **Belleza cruel**, en 1958. El poeta, que a su salida hacia el éxodo había dicho:

Mía es la voz antigua de la [tierra.
Tú te quedas con todo
y me dejas desnudo y errante
[por el mundo...
mas yo te dejo mudo... ¡mudo!...
Y, ¿cómo vas a recoger el trigo
y a alimentar el fuego
si yo me llevo la canción?

le dirá en 1958 a Angela: «Nosotros no nos llevamos la canción»... «De este lado nadie dijo la palabra justa y vibrante. Hay que confesarlo: de tanta sangre a cuestras, de tanto caminar, de tanto llanto y de tanta injusticia... no brotó el poeta»... «Y ahora estamos aquí, del otro lado del mar, nosotros, los españoles del éxodo y del viento, asombrados y atónitos, oyéndoos a vosotros cantar: con esperanza, con ira, sin miedos».

Mientras tanto, los intelectuales del interior querían saber lo que pasaba en la «España peregrina». Descubrían cosas, primero a través de lecturas secretas; más abiertamente, luego. Por fin, algunos españoles de dentro empezaron públicamente a hablar de la obra de los españoles de

fuera. Hay que señalar esfuerzos personales y la labor de algunas revistas: destaquemos «Insula», en primer término. Las aportaciones más considerables vinieron, sin embargo, de los jóvenes. Recordemos dos extensos libros: uno sobre los narradores, **Narrativa española fuera de España (1939-1961)**, de J. M. Marra López, publicado en 1963; otro sobre los filósofos, **Filosofía española en América (1936-1966)**, de José Luis Abellán, publicado en 1967.

Dentro del campo de la literatura, es la narrativa el género que hoy, en España, se conoce mejor. Ha sido bastante estudiada. Además del citado libro de Marra López, existe algún ensayo tan útil y bien documentado como el de Rafael Conte, **La novela española en el exilio** («Cuadernos para el Diálogo», número XIV, extraordinario, mayo 1969); los narradores de la «España peregrina» figuran hoy en todas las historias de la narrativa escritas en España en los últimos años; muchos han recibido particular atención por parte de la crítica. Hoy, la obra de Ramón Sender, de Francisco Ayala, de Max Aub, de Rosa Chacel, de Manuel Andújar... anda por todos los escaparates de librerías; con frecuencia se edita —o reedita— en editoriales españolas. Preciso es señalar, sin embargo, que algunas de las narraciones de estos ya populares autores no tienen aún el visto bueno de la censura; concretamente, todo aquello que se refiere en forma directa a la guerra civil.

Hoy —estamos ya en 1972—, todo lector de poesía conoce la obra de León Felipe, Rafael Alberti o Luis Cernuda, publicada después de 1939. Pero cualquier



Juan Ramón Jiménez, en Puerto Rico.

investigador de la poesía contemporánea puede darse cuenta de que, durante un buen número de años, la obra de estos y otros poetas fue en España bastante desconocida, aunque algunos se ocuparon de ella; pienso en este sentido de nuevo en la labor de «Insula» y en buen número de críticos. Es preciso también mencionar el hecho significativo de que José María Castellet, en su antología *Veinte años de poesía española, 1939-1959*, recoja, junto a la obra de los poetas de dentro, un buen número de poemas escritos en el exilio, intentando, con ello, borrar indeseables fronteras.

LIMITES DE LA «ESPAÑA PEREGRINA»

Tras señalar que el término «España peregrina» lo empleo en homenaje a su inventor, José Bergamín, paso a establecer algunos límites. Desde las primeras líneas, y aunque no específico concretamente a qué exilio me refiero, el lector habrá comprobado que hablo concretamente de uno: el que se produjo como consecuencia de la guerra ci-

vil de 1936-1939. No es el único de nuestra Historia, pero sí, en su conjunto, el más importante. La mayoría de las figuras a que voy a referirme dejaron España al final de la guerra; algunos salieron durante la contienda. Creo que también podemos considerar exiliados del 36-39 a todos aquellos que, por razones generalmente ajenas a su voluntad, permanecieron en España durante los primeros años de la posguerra. El problema de límites se complica cuando recordamos un buen número de intelectuales que se sentían exiliados, pese a que llevaban algunos años fuera de España en 1936; en general, habían mantenido su contacto con España a través de viajes, conferencias en Universidades españolas, etcétera; contacto que rompen después de 1939; a estas figuras —Amado Alonso, Joaquín Casaldueiro, Federico de Onís, entre otros— podríamos considerarlos como «exiliados voluntarios» (1). Exiliados voluntarios

(1) A la lista de «exiliados voluntarios» habría que añadir, en primer lugar, el de Pablo Picasso. Exiliado voluntario es igualmente el poeta, hoy muy en boga, Juan Larrea. Quizá muchos más.

son también muchos intelectuales que, por diversas razones, han dejado su país durante la década del 50 o del 60; hicieron y hacen importante labor fuera de España. Los límites de este trabajo, sin embargo, me obligan a excluirlos.

Los años que van desde 1939 hasta el final de la década del 40 enmarcan —por así decir— la culminación del exilio. Durante ese tiempo, muchos hombres, dispersos por varios países del mundo, viven una vida «provisional»; creen vivir un paréntesis de su vida española; educan a sus hijos para una próxima vuelta a España... Después de 1950, muchos inician el regreso —temporal casi siempre; a veces, definitivo— a su país. Durante la década del 60, la corriente del regreso sigue ascendiendo. Para muchos, sin embargo, la muerte llegó antes del encuentro con España. En este sentido, la nómina de poetas es impresionante: Antonio Machado, Juan Ramón Jiménez, León Felipe, José Moreno Villa, Pedro Salinas, Luis Cernuda, Emilio Prados, vienen ahora a mi memoria; hay muchos más.

El hecho de que los exiliados creyesen en un próximo retorno no impidió, en forma alguna, que desarrollasen, desde muy pronto, una importante labor cultural en los lugares donde se instalaron. Por supuesto, hay que repetir una y mil veces lo que todos sabemos ya: la labor de los intelectuales españoles no hubiera podido llevarse a cabo sin la colaboración de los pueblos que les recibieron. En este sentido, la de México fue excepcional, mas tampoco podemos olvidar a otros pueblos, latinoamericanos o europeos, o a algunas Universidades de Europa y América.

Las fronteras culturales del exilio son difíciles de trazar. Mas creo que tendremos que establecer algún criterio. Llamaré obras de exiliados a una serie de libros editados últimamente en España, ya que fueron escritos en el exilio, y consideraré escritores exiliados, igualmente, a todos aquellos que, aunque hayan permanecido en el exilio muy poco tiempo, produjeron en él obra significativa.

¿Cuántas de esas figuras se conocen hoy en España? ¿Qué se sabe de su obra? Obras y figuras empiezan a consumirse; quizá se sabe menos de la labor que los intelectuales del exilio hicieron a través de editoriales, de revistas, de instituciones; o la inmensa labor que hicieron como maestros de la juventud de otros países.

En general, personalidades como la de Severo Ochoa, o Juan Ramón Jiménez —los dos únicos Premios Nobel españoles de los últimos años—, o Américo Castro, o Ramón Sender —traducido a muchas lenguas antes de ser leído aquí—, o Pablo Casals... llegaron precedidas del reconocimiento internacional. Algunos escritores de primera categoría, como Francisco Ayala, por ejemplo, conocidísimo narrador —y ensayista, y sociólogo— en todo el mundo de habla española desde la década del 40, se convierten en «best-sellers» en España hace poquísimos años... Un gran escultor, Alberto, muere hace tiempo en Moscú; era famoso universalmente: en España tuvimos oportunidad de ver parte de su obra hace sólo unos dos años... Otras veces han sucedido hechos inesperados; tal es el caso de Alejandro Casona, por ejemplo. Casona, exiliado durante muchos años en Buenos Aires,

«LA ESPAÑA PEREGRINA»

y ausente de los escenarios españoles, era un misterioso nombre mítico para muchos jóvenes que esperaban encontrar en él quien sabe cuántas cosas; se encontraron con un burgués que escribía para la burguesía. En verdad, la culpa no fue del escritor, que siempre estuvo en la misma línea y nunca aspiró a hacer otra cosa más que un teatro de entretenimiento, tan alejado de las vanguardias estéticas como de cualquier compromiso político. La meditación sobre este caso particular podría llevarnos a una serie de reflexiones, que no creo sea este el momento de hacerlos...

Al lado de estas figuras, cuyos nombres suenan, y de otras, que empiezan a sonar, hay gente de primera línea, mal conocida o desconocida en absoluto. Es el caso, por ejemplo, del compositor catalán Roberto Gerhard, exiliado desde 1939 en Inglaterra —donde murió—, catedrático y doctor «honoris causa» por la Universidad de Cambridge. Discípulo de Schönberg, su nombre figura, desde hace mucho tiempo,

Castelao, en la biblioteca del Centro Orensano de Buenos Aires.



po, en todos los programas de música moderna de Europa y América; en España comienza a llegar ahora a algunas minorías. El caso de Gerhard, lamentablemente, no es único.

LIMITES DE ESTE TRABAJO

Procuraré ceñirme a aquello que creo conocer un poco más, por estar más cercano a las materias de mi especialidad y, sobre todo, por no alargar demasiado estas notas. Me concretaré al pensamiento y a la literatura. Y destacaré a través de estas páginas, en todo momento, el aspecto que considero más positivo de la emigración: lo que el intelectual del exilio dio al mundo y, sobre todo, al mundo americano; es decir, la obra de difusión cultural.

No puedo referirme al trabajo de los científicos, campo importantísimo que desconozco totalmente. Ni a los estudios de economía, sociología, etcétera, aunque sabemos que una serie de importantes economistas, sociólogos, etcétera, emigraron y que muchos dieron obra escrita fuera de España; muchos —posiblemente casi todos— fueron catedráticos en Universidades del continente americano. Gran parte de las figuras más cercanas al campo puramente político eran, además, excelentes escritores; entre ellos hubo notables ensayistas; su actividad intelectual no cesó, desde luego, fuera de España. Entre los juristas, todos recordamos algunos nombres ilustres: Mariano Ruiz Funes o Luis Jiménez de Asúa, por ejemplo, gozaban ya de prestigio en la España de la preguerra, y su trabajo no cesó en el exilio. Salieron también notables educadores: José Castillejo, Alberto Jiménez Frau, Joaquín Xirau, Lorenzo Luzuriaga... Su obra continuó fuera. Pero, en verdad, en educadores se convirtieron todos o la mayor parte de nuestros intelectuales; pensemos en Juan Ramón Jiménez —por citar un ejemplo—, rodeado casi siempre de jóvenes estudiantes portorriqueños, en busca de sus lecciones, que jamás negaba; de hecho, quien recuerda al Juan Ramón de los años cincuenta no puede pensar en el poeta encerrado entre las paredes de corcho de su piso madrileño.

Es imposible pasar por alto la



Picasso y Alberti.

labor de los historiadores, aunque no haré aquí más que mencionar algunos nombres y señalar que todos ellos fueron, a través de la obra y de la cátedra, maestros de jóvenes latinoamericanos y norteamericanos. Al nombre central de Américo Castro, hoy en España, leído ya y comentado por todo español con curiosidad por los estudios históricos, hay que añadir algunos más, muy significativos. En ciertos casos se trata de historiadores que ya habían dado obra antes de la guerra; en otros, de figuras que empezaron a escribir después. Recordemos aquí a Claudio Sánchez Albornoz que, exiliado en Buenos Aires, creó allí, entre muchas otras cosas, los «Cuadernos de Historia de España», en torno a los cuales trabajó —o trabaja— un grupo importante de medievalistas; a Rafael Altamira, a Pedro Bosch Gimpera, a Ramón Iglesias, a Nicolau d'Olwer, a Grases, a Ots Capdequí, a Vicente Lloréns, preocupado precisamente desde hace muchos años por el tema de los exilios españoles a través de la Historia. Cerca, en el campo de la paleografía, es inolvidable la figura de Agustín Millares Carlo.

Al referirnos a la Historia sería imperdonable no hacer referencia a la obra llevada a cabo por los intelectuales gallegos. En Buenos Aires, editados por la editorial Nos, vieron la luz los dos primeros tomos de la **Monumental Historia de Galicia**; su director, Otero Pedrayo, estaba en España; saldrá en España el tercer volumen, pero no hubiera si-

do posible la existencia de tal publicación sin la labor individual y editorial de los exiliados gallegos.

Los catalanes hicieron también valiosas aportaciones en el campo de la investigación histórica. Aunque desconozco mucho de su labor, sé que varios historiadores hicieron estudios sobre Cataluña en general —**Historia de Catalunya**, por ejemplo, obra de Ferrán Soldevila y Bosch Gimpera—, así como investigaciones parciales en algunos aspectos de su cultura. La obra de Nicolau d'Olwer es fundamental.

Ciertos campos del arte —artes plásticas, música y artes escénicas— quedan también fuera de mi estudio. Señalemos, no obstante, que estos sectores están —o estuvieron— bien representados en el exilio. No podemos dejar de mencionar la presencia en México de un grupo consagrado a la enseñanza y el estudio del folklore mexicano. Rodolfo Halffter, Jesús Bal y Gay, Adolfo Salazar, Baltasar Samper, formaron parte del mismo.

EL PENSAMIENTO EXILIADO

La historia cabría, por supuesto, en este apartado; la literatura, también. Sobre la historia no he podido detenerme; a la literatura me referiré pronto. Pretendo ahora acercarme al pensamiento filosófico en forma un tanto superficial; para un estudio serio, el lector interesado puede recurrir al citado libro de Abellán.

Quiero, en este apartado, seña-

lar la obra de unos cuantos filósofos de gran categoría. Casi todos habían comenzado su obra en España. Eran, ya antes de la guerra, profesores de primera línea y creadores. Algunos comenzaron su carrera siguiendo los pasos de Ortega y Gasset; otros, desde el comienzo, se muestran ya como mentalidades totalmente independientes.

Al lado de una serie de grandes figuras, a las que podemos ver como los máximos representantes de la filosofía española de la generación posterior a Ortega, hay una serie de excelentes ensayistas, meditadores, diríamos, que también incluiré en este apartado. Es imprescindible señalar que, casi sin excepción, consagraron a la enseñanza gran parte de su tiempo. Tenemos que recordarles aquí no sólo como creadores, sino como grandes maestros. En muchos casos, la labor de los pensadores del exilio no fue sólo la de «enseñar»; fue, sobre todo, la de «estimular». En el caso de México —caso representativo, pero único—, los profesores españoles contribuyeron en forma notable al desarrollo de la escuela de filosofía mexicana actual, que es importante; todo filósofo mexicano reconoce en Gaos, y en algunos otros, sus maestros.

Es acaso el nombre de José Gaos el primero que debemos, pues, destacar no sólo por su labor filosófica, sino también en su calidad de maestro. Gaos, discípulo de Ortega, como se declaró él mismo en varias ocasiones, poseyó, sin embargo, un talento original, personalísimo; el resultado es una obra muy distinta de la de su maestro. Entre sus muchas aportaciones al campo del pensamiento, acaso deba señalarse, en primer término, sus profundos análisis del pensamiento hispánico; no «español peninsular», desde luego, sino hispánico en su amplio sentido de hispano y americano. Ello le sitúa entre los creadores de la filosofía hispanoamericana moderna.

Juan David García Bacca es, en opinión de José Luis Abellán —opinión que plenamente comparto—, «la mente filosófica más poderosa que tenemos en América y una de las primeras figuras de la filosofía en lengua española de todos los tiempos». Era ya muy conocido en nuestro país antes de 1936. Catedrático de Filosofía de la Ciencia y Ló-

gica Matemática en la Universidad de Barcelona, se exilió, primero, en Ecuador; luego, en México y, finalmente, en Venezuela, donde colaboró a la fundación de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Caracas. Lo más atractivo de su pensamiento es, a mi ver, una curiosa aproximación entre lo filosófico y lo literario. De hecho, uno de sus mayores empeños ha sido el estudiar la filosofía española a través de las figuras clave de nuestra literatura.

Joaquín Xirau, que fue decano de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Barcelona, se exilió en México; fue allí profesor universitario. Autor de una considerable obra antes de la guerra, la continuó en México, hasta su muerte, en 1946.

José Ferrater Mora, catalán como Xirau, era joven al principio de la guerra. Se exilió en Chile primero, luego pasó a Norteamérica. Entre lo mucho que de Ferrater podría decirse, quiero destacar el hecho de que es un profundo estudioso del espíritu catalán. Muchos lo recordamos, además, como el autor de un espléndido **Diccionario de Filosofía**, que nos parece una obra imprescindible.

El nombre de María Zambrano es, para mí, uno de los que ejercen mayor atractivo dentro del campo del pensamiento filosófico; acaso porque, en su mundo, filosofía y poesía se dan la mano.

Quiero también referirme a un filósofo muy importante, bastante más joven que los otros, según creo; de hecho comenzó a escribir —o, al menos, a publicar obra importante— después de la década del 50. Es Adolfo Sánchez Vázquez, profundo conocedor de estética y de marxismo, temas centrales de sus libros, no muy conocidos en nuestro país fuera del grupo de los especializados.

Filósofos de talla son, según los críticos, un Nicol —cuya obra desconozco— o un Imaz, que conozco poquísimos. Es preciso recordar también otros nombres: Wenceslao Roces, gran marxólogo, traductor de Hegel y otros filósofos alemanes, catedrático también en México. Jaime Serra Hunter, Luis Abad Carretero, Augusto Pescador, Domingo Casanova, José María Gallego Rocafull, un notable ensayista. Quizá falten aquí muchos nombres de filósofos; quizá habría que aña-

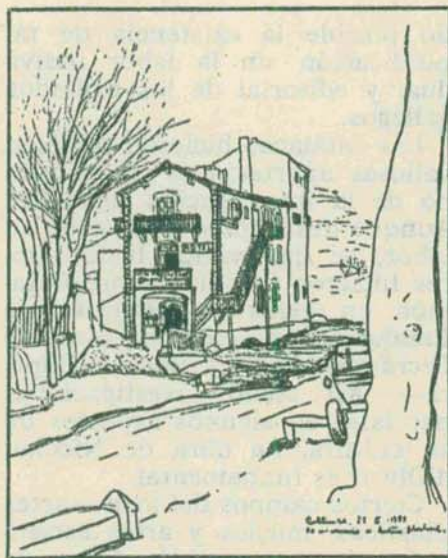
«LA ESPAÑA PEREGRINA»

dir, además, los nombres de una serie de pensadores que si no están de lleno dentro del terreno de la filosofía, andan muy cerca; es, por ejemplo, el caso de algunos creadores o críticos de literatura.

LA CREACION LITERARIA

1. La narrativa.

Al exilio salieron Benjamín Jarés, Francisco Ayala, Rosa Cha-



Hotel de Colliure donde murió Machado (dibujo de Santos Torroella).

cel, Antonio Espina, Juan Chabás, Corpus Barga, César Arcónada, Ramón Sender, Esteban Salazar Chapela... Todos eran narradores antes de salir de España. Unos empezaron a escribir muy jóvenes y publicaron sus primeras obras por la década del 20. Otros empezaron a publicar en la década del 30, poco antes de la guerra civil. Sería impropio hablar ahora de «generaciones» o «promociones». Los nombres que acabo de mezclar pertenecen a promociones distintas y nacieron a la literatura bajo signo diferente. Aquellos que comenzaron en la década del 20 intentaron crear obras de vanguardia: muchas veces lograron productos muy interesantes, que algún día habrá que analizar bien; los que comenzaron su ca-

rrera literaria en los años inmediatamente anteriores a la guerra civil, representaron una corriente distinta, que podríamos llamar —y así se le ha llamado— realista (2). Casi todos fueron borrados del mapa literario de la posguerra española. ¿Dejaron de escribir? ¿Desapareció, en el exilio, la narrativa? Algunos, es cierto, o no continuaron por el camino de la narración o se dedicaron primordialmente a otras formas de acción literaria. Sé que Arcónada, exiliado en la Unión Soviética, se dedicó a la enseñanza y a importantes trabajos de traducción; Juan Chabás, en Cuba, se consagró, igualmente, a la enseñanza y a los estudios de historia literaria; Antonio Espina y Corpus Barga se dedicaron principalmente al ensayo y, sobre todo, al periodismo, campo en el que dieron una obra ejemplar.

Pronto surgió un nombre —desconocido antes— que venía respaldado por un importante título: Arturo Barea, con su trilogía **La forja de un rebelde**. Barea, que no era ningún joven, salía al mundo en lengua inglesa; su trilogía había sido traducida al inglés por su esposa; poco después, en una editorial latinoamericana, fue editada en su lengua original. **La forja de un rebelde** se convirtió pronto en un «best-seller» universal, al recorrer el mundo en varias lenguas; durante algún tiempo, la obra de Barea fue la novela de la guerra española por antonomasia. Hoy, a muchos años de distancia de su primera lectura, la recuerdo como un impresionante testimonio humano. Aunque la mayor fuerza reside en la primera de las tres novelas, **La forja**, las otras dos, **La ruta** y **La llama**, se siguen sin que el interés decaiga.

El carácter testimonial es muy marcado en la obra de Barea. De hecho, la crítica la ha visto más bien como una biografía novelada que como una novela propiamente dicha (3). Creo que ha llegado el momento de señalar que el carácter testimonial es una de las notas típicas de la narrativa del exilio, aun en casos donde ya no es posible hablar de bio-

(2) Perdónese la falta de matices; no es posible, en este momento, detenerse más.

(3) Hay muy curiosas autobiografías que no puedo comentar ahora. Recuerdo, por ejemplo, un libro de Victoria Kent: **Cuatro años en París**, que jamás he visto citado en parte alguna, lleno de interés.



Josep Carner, a su vuelta a España, poco antes de morir, en 1970. En la foto, con su esposa.

grafía, sino de verdadera novela; pienso ahora, concretamente, en **Crónica del alba**, de Ramón Sender; pero los ejemplos podrían multiplicarse.

Tema dominante en la narrativa que ha de surgir fuera de las fronteras geográficas de España será, en general, la evocación del mundo dejado atrás; unas veces, la España de las primeras décadas de siglo, que suele unirse a la infancia de los escritores que la evocan; otras, la España de la preguerra. La guerra en sí es otro frecuente tema.

Fuera de los casos arriba mencionados, y quizá de algunos otros, los escritores que habían comenzado a dar obra narrativa en las décadas del 20 y del 30 la continúan en el exilio. Entre los escritores exiliados habría que comenzar haciendo una primera distinción: hay realmente dos promociones. La primera, integrada por narradores conocidos antes; la segunda, por los que la inician en el exilio. En la primera hay que incluir a Aub, Ayala, Sender, Salazar Chapela, Rosa Chacel...; en la segunda, a Manuel Andújar, Serrano Poncela, José Ramón Arana, Simón Otaola, Pablo Lafuente, Paulino Massip —periodista primordialmente—, cuya edad desconozco, que nace a la novela con su excelente **Diario de Hamlet García**, en 1944 (4).

(4) Me limito a señalar o dar los nombres de algunos narradores, por no hacer este trabajo interminable. Es preciso, sin embargo, tener en cuenta que hay otras muchas figuras de cierto interés. Véase el citado libro de Marra López.

Entre los narradores de la «primera promoción» del exilio es Sender uno de los más populares en España en este momento, y desde hace ya varios años. Se había revelado como novelista en los anteriores a la guerra civil, con una obra de carácter realista: **Imán**. Sin embargo, es en la posguerra cuando realmente crece. Aunque ha hecho intentos de novelar el mundo para él nuevo, creo que sus mayores logros se dan en las páginas más testimoniales del mundo del recuerdo —**Crónica del alba**— y, sobre todo, en alguno de los momentos en que ha enfrentado episodios muy concretos de la guerra civil. A mi juicio, su obra verdaderamente grande está en esa brevísima narración inolvidable: **Réquiem por un campesino español**.

Y al llegar al nombre de Max Aub, ¿por dónde empezar? Fue poeta —en una vida anterior, dice él—, es dramaturgo; sus piezas de teatro **No, San Juan** y alguna otra, largas, más una serie infinita de piezas breves, están entre nuestro mejor teatro actual (5). Le he citado antes como crítico literario. Hay que mencionarlo también como ensayista. Es, además, creador de géneros nuevos. Porque, ¿cómo definir ese curioso libro donde se inventa a un pintor, con nombres y apellidos —Jusep Torres Campa-

(5) Sobre el teatro en exilio hay un excelente artículo de Ricardo Domech publicado en «Cuadernos para el Diálogo» (número monográfico sobre el teatro español), junio de 1966: **Los trasterrados**. Se ocupa, principalmente, de la obra de Max Aub y de la de Rafael Alberti, ambas muy notables.

lans—, ilustrado por la obra gráfica del propio Jusep, que vive ante nuestros ojos, hablando de Picasso y de varios otros compañeros del grupo, respondiendo a entrevistas de prensa, etcétera? ¿Y en qué género literario incluir esas páginas de un periódico imaginario, que Aub titula «El Correo de Euclides», que traen una noticia que, a veces, es un cuento, un poema ideográfico otras? Mas el ingeniosísimo inventor de todas estas originalidades es, sobre todo, un narrador excelente, que nos ha relatado, una y otra vez, dolorosas experiencias de la guerra civil; recuerdo, entre muchos otros libros, su impresionante novela **Campo de almendros**, última del ciclo **Laberinto mágico**.

Me resulta en extremo difícil hablar en unas pocas líneas de la obra narrativa de Francisco Ayala, obra a la que desearía consagrar muchas páginas... Diré, pues, lo que considero esencial. A los temas que he llamado comunes a la narrativa española del exilio, Ayala añade otros nuevos. Ya en su primer libro de narraciones, **Los usurpadores**, se nota el deseo de novedad, tanto en lo que a temática se refiere como en los procedimientos narrativos. Se trata de un análisis del ansia de poder, que lleva a algunos hombres a la violencia. A través de figuras del pasado histórico, en apariencia distanciadas del presente, intenta Ayala analizar rasgos característicos de la condición humana: del hombre de ayer, que puede ser, también, el hombre de hoy. **El Hechizado**, uno de los relatos del libro, es uno de los mejores de nuestra lengua. En **La cabeza del cordero**, y en otros momentos, está también presente el tema de la guerra civil. Con sus dos novelas largas, **Muertes de perro** y **El fondo del vaso**, intenta acercarse a la realidad americana, que es el mundo que le rodea cuando las escribe; pero a través de su aproximación, lo que quiere igualmente es buscar el fondo del hombre, de todo hombre. Su última obra narrativa, **El Jardín de las delicias** —digno no sólo de premios, sino de amplios estudios—, es, entre otras cosas, un intento de ruptura con las formas tradicionales de novelar, y una apertura hacia nuevos caminos.

Siento no poder detenerme en otras figuras antes mencionadas.

«LA ESPAÑA PEREGRINA»

Quisiera hablar, por ejemplo, de algunas obras tan atractivas para mí como la de Rosa Chacel, aunque poco podría añadir al comentario de Rafael Conte en el estudio antes señalado, porque mi opinión coincide, en general, con la suya.

En la promoción que surge a la vida literaria en el exilio, los temas suelen ser los mismos que en la anterior. En algunos casos, el dolor, que se intenta ocultar tras la ironía, es quizá la nota predominante: pienso, concretamente, en Serrano Poncela. En otros, la preocupación por los móviles que llevan a los hombres a sus acciones es lo que anda detrás del contar; es el caso de Manuel Andújar, ya en *Cristal herido* (1945) y, más concretamente, en sus tres novelas *Llanura*, *El vencido* y *El destino de Lázaro*, publicadas en México y reunidas en un solo volumen, en España, en fecha reciente, con el título de *Vísperas*. La voluntad del escritor de no quedarse en un pasado, de vivir su presente, de aceptar la España que encontró a su regreso —hace tres o cuatro años—, creo verla claramente expresada en su último libro de narraciones, *Los lugares vacíos*.

Además de los que escriben en lengua castellana, en el exilio ha habido —y creo que hay aún— otros escritores en situación mucho más dramática aún. En esos casos, la pregunta de Ayala «¿para quién escribimos?» se hace verdaderamente cierta. Un catalán, un gallego en el exilio, ¿para quién escriben? Su soledad era mucho mayor que la de los escritores de lengua castellana. Era la casi total incomunicación.

No puedo decir mucho sobre los narradores españoles en esas lenguas, ya que conozco su obra muy parcialmente. Los escritores catalanes publicaron en el exilio bastantes narraciones cortas y algunas novelas largas. Algunos editaron en su país obras nacidas en el exilio. De hecho, según Manuel Andújar —que se acercó a la cultura catalana ya en 1949—, el tema más característico de casi todos estos narradores es el exilio en sí, con su angustiada soledad; muy cercano, otro: el

recuerdo de la salida de su tierra, unido al de los campos de concentración. Uno de los testimonios más conmovedores me parece el que Agustí Bartra nos dio en *Cristo de los dos mil brazos*. Ciertos novelistas y cuentistas han sabido captar y reflejar la realidad vista y vivida en otros países. Así, Vicent Riera Llorca, en *Los tres salen para Ozama*, o Pere Calders, a través de varios relatos. Encuentro apasionante lo poco que he leído de la escritora Mercé Rodoreda; pienso en alguna de sus narraciones cortas, así como en la única novela suya que conozco, que no es su única novela, por cierto: *La plaza del Diamante*.

En *La literatura catalana en el destierro*, Manuel Andújar destaca y comenta con bastante amplitud, además de la obra de Agustí Bartra, las novelas de J. Cid y Mulet, Carles Pi-Sunyer, Jaume Roig, Francesc Trabal...; los cuentos de Rodoreda, Bartra, Benguerel, Anna Muriá, Riera Llorca, J. Roure Torrent, Jordi Vallés y Ramón Vinyes. En el varias veces citado trabajo de Conte, el autor destaca como una primera figura —al lado de Rodoreda— a Joan Sales, cuya obra

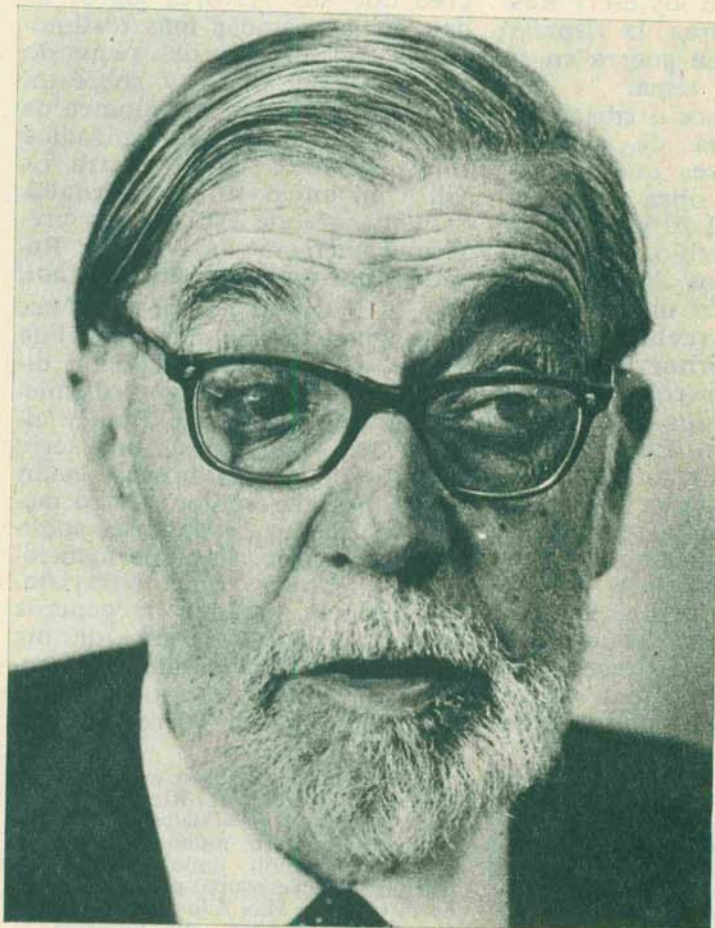
Incierta gloria, escrita al regreso del exilio, no pudo ser editada en España hasta hace pocos años. También llama la atención sobre los narradores Puig y Ferrater, Xavier Benguerel, Ferrán de Pol y varios más, a los que arriba hice referencia.

Dentro de la narrativa gallega hay que recordar, una y cien veces, el nombre de Castelao que, en Buenos Aires, además de desarrollar una importante labor de difusión de la cultura gallega y continuar su obra plástica y trabajo de creación e investigación literaria e histórica (6). También Blanco Amor, escritor en castellano y en gallego, publicó en el exilio una novela en lengua gallega: *A esmorga*.

2. La poesía.

A pesar de las palabras de León Felipe, si entre los poetas que

(6) Castelao escribió en el exilio una serie de obras importantes para la cultura gallega: *Sempre en Galiza* (ensayos) y trabajos de investigación artística e histórica. Estrenó, además, en Buenos Aires, *Os vellos non deben namorarse*, que es acaso lo más importante del teatro escrito en lengua gallega.



Pere Quart
(Joan Oliver).



León Felipe.

comenzaron a publicar en el exilio «no brotó el poeta», brotó, en cambio, gran poesía: acaso la mejor de Juan Ramón Jiménez y de algunos de los poetas del 27. También hay que señalar importante obra poética entre los escritores de habla catalana y de habla gallega.

La nómina de poetas que se exiliaron es impresionante. Espero no cansar al lector si doy los nombres de los que recuerdo. De los de lengua castellana es preciso citar a muchos: Antonio Machado, Juan Ramón Jiménez, León Felipe, José Moreno Villa, Jorge Guillén, Pedro Salinas, Rafael Alberti, Juan José Domenchina, Ernestina de Champourcin, Emilio Prados, Manuel Altolaguirre, Concha Méndez, Pedro Garfías, Juan Gil Albert, María Enciso, Juan Rejano, José Herrera Petere, José María Quiroga Pla... Quizá debe añadirse aquí el nombre de Juan Larrea, «exiliado voluntario», y el de Concha Zardoya, chilena, hija de españoles y residente en España, que se exilió voluntariamente poco después del final de la guerra. Acaso faltan muchos. Entre los de lengua catalana recuerdo unos pocos: Josep Carner, Carles Riba, Clementina

Arderú, Pere Quart, Agustí Bartra, Alexandre Plana, Jaume Terrades, Josep Torrents, Marius Torres... Entre los gallegos, Luis Seoane, Lorenzo Varela, Emilio Pita, Delgado Burriarán, Prieto Marcos... Es posible que me olvide de muchos.

No voy a referirme, claro está, a la obra de todos ellos, aunque todos merecerían algunas líneas.

En general, la evocación de la tierra perdida es presencia constante en casi todos, aunque el tono y la forma de evocarla es muy variado. A veces, la presencia de España está y alienta tras los poemas, aunque a simple vista no nos percatemos de ella.

La primera figura a que, en justicia, hay que referirse es Juan Ramón Jiménez. Creo que el juicio valorativo que me atrevo a expresar puede ser muy discutible; sin embargo, es mi opinión y no quiero ocultarla: nuestro gran poeta, que había dado gran poesía antes de 1936, en el exilio escribe su poema cumbre, que es, además, una cumbre de nuestra lírica del siglo XX: **Espacio**.

Espacio, largo poema en tres cantos, escrito en prosa, se publicó fragmentariamente en México,

en 1943; en forma completa, en España (1954), aunque el lector español, interesado en ese momento en una poesía *más directa*, más «comprometida» —dándole al término el sentido que entonces se le daba—, no lo apreció en toda su importancia. Es, sin embargo, **Espacio** un poema testimonial, hablando en forma amplia. Juan Ramón Jiménez, en su presente de desterrado, crea en su gran poema un mundo donde los tiempos y los lugares lejanos se hacen un presente completo, total. Las tierras de Norteamérica se pueblan de la vida de Moguer o de Madrid; el hombre que ha perdido ya su juventud se hace niño, adolescente, joven, en un tiempo único, donde todas las fronteras desaparecen. El pasado, las tierras dejadas al otro lado del Atlántico, son realidad viva, unidad, presencia en ese gran poema, síntesis de la poesía de un gran poeta.

Llevada por un entusiasmo personal —que, sin embargo, creo queda justificado si pensamos en lo poco que en España se ha dicho de **Espacio**—, quizá me he detenido excesivamente en este comentario; lo cual me impide referirme a otros poemas juanramonianos de la misma época, definitivamente importantes también: los que incluyó en **Romances de Coral Gables** y los que figuran dentro de algunos «proyectos de libros» en la **Tercera antología**, publicada en Madrid (1957).

León Felipe escribe en México, después de la guerra, la mayor parte de su producción poética; escribe también numerosas obras en prosa. En los años siguientes al final de la guerra publica **El hacha** y **Español del exodo y del llanto**. Su voz, apasionada siempre, se hace trágica en **El hacha** —quizá su obra más importante—, que es, sobre todo, un intento de penetrar en la raíz misma del pueblo español y analizar poéticamente su dramático destino histórico.

Entre los poetas de la generación del 27, quizá es Rafael Alberti el que con mayor frecuencia, una y otra vez, con distintos tonos, rememora la tierra perdida. El problema del exilio se le plantea ya en su salida de España, como queda patente en **Vida bilingüe de un español en Francia** (poemas escritos entre 1939 y 1940), y en su primer libro, hecho ya bajo el peso angustioso de la evo-

«LA ESPAÑA PEREGRINA»

cación de la tierra perdida: **Entre el clavel y la espada** (1941). A veces, su voz adquiere un tono épico-popular, como en las **Coplas de Juan Panadero**; pero su palabra mejor creo que queda recogida en dos libros llenos de íntima nostalgia, que resumen, como pocas veces se ha logrado, todo el dolor de la ausencia: **Retornos de lo vivo lejano** (1952) y **Baladas y canciones del Paraná** (1954).

Luis Cernuda publica su primer libro de poesía posterior a 1939 —**Las nubes**—, en 1943, pero los poemas que lo integran cuentan ya las primeras impresiones del alejado de su tierra, desde los primeros días de su exilio. Le seguirá **Como quien espera el alba** (1947). Varios años más tarde, en sus poesías completas, aparecidas bajo el título **La realidad y el deseo**, recogerá las anteriores y añadirá tres nuevos libros. **Desolación de la quimera**, el último, revela, junto con algún pasajero momento de esperanza y fe en el hombre, un gran dolor: dolor que, a veces, quiere disfrazarse de indiferencia o desprecio hacia su tierra y sus cosas. La nota dominante, sin embargo, en toda la extraordinaria obra cernudiana del exilio es la angustia del que se sabe, desde el principio, desterrado para siempre.

Mención destacada precisa la obra de Jorge Guillén, totalmen-

te sorprendente para el admirador de Cántico. La aparición de **Maremágnum** (1957), primero de los libros de **Clamor** —que habría de tener otras dos partes: **Que van a dar en la mar** y **A la altura de las circunstancias**—, representa la aparición de un poeta nuevo y distinto del que dio sus primeros libros en la década de 1920. El nuevo Guillén quiere estar con los acontecimientos sociales, políticos... Quiere estar —con palabras machadianas que recoge en uno de sus títulos— «a la altura de las circunstancias». Dentro de la misma línea continúa la poesía guilleniana última.

En el caso de Pedro Salinas, lo más importante de su poesía última no lo veo en la evocación de lo perdido, sino en la captación de lo nuevo. Cuando lo nuevo es la civilización anglosajona, su sensibilidad, que percibe las cosas magistralmente, se siente profundamente herida. Ello queda registrado, sobre todo, en algunos poemas de **Todo más claro**. Su libro mejor de la etapa última —quizá su mejor libro, después de **La voz a ti debida**— está inspirado por un objeto nuevo y antiguo al mismo tiempo: el mar. El mar de Puerto Rico, que ha de dar nombre a su libro de 1946: **El contemplado**.

Otro poeta de la generación del 27 da también en el exilio su —en mi opinión— obra mejor. Se trata de Emilio Prados, figura que merecería ser mucho más considerada de lo que en la actualidad lo es. En sus años de vida en México, donde murió, evocó también la España perdida. Su obra más depurada está en dos libros últimos: **Jardín ce-**

rrado y Circuncisión del sueño, que le acerca a los más visionarios de nuestros poetas.

Pedro Garfias —que nació en 1901 y empezó a publicar en la década del 20— puede ser considerado como un «joven poeta del exilio», ya que había guardado un silencio de muchos años que rompió en la guerra; son del exilio los poemas que él consideró más logrados, aunque en este caso no tenemos muchos elementos para juzgar los publicados en sus años juveniles, ya que ni él mismo ni la crítica se preocuparon mucho de ellos. En el exilio se forman también otras voces jóvenes, como la de Juan Rejano, que canta siempre con nostalgia a su tierra perdida, o la de Quiroga Pla, tan llena de pasión y fuerza.

En cuanto a la poesía en lengua catalana, es preciso señalar que Josep Carner escribió en el exilio uno de sus libros mejores: **Nabí**, extenso poema de tono narrativo.

De Clementina Arderiu —que no sé si publicó libros fuera de España— recuerdo un impresionante poema: **Exili**. Carles Riba, aunque volvió pronto a España, escribió fuera sus **Elegies de Bierville**, que se editó primero en Buenos Aires y, unos años más tarde, en Chile; como señala en su prólogo a la segunda edición, es libro de un exiliado «para exiliados». Agustí Bartra publicó en México gran parte de su obra poética. También la voz de Pere Quart dio en el exilio algunos poemas hondamente dramáticos. Una reciente lectura de Marius Torres me reveló a un poeta au-

Rosa Chacel.



Ramón J. Sender.



Max Aub, en foto reciente.



téntico muerto en plena juventud.

De los libros escritos en lengua gallega quiero destacar **Fardel de esillado**, de Luis Seoane, cuyo acento fuerte, duro, nos muestra una poesía muy distinta a la de los poetas gallegos de preguerra.

3. El ensayo.

Aunque en el apartado en que me referí al pensamiento incluí varios nombres que se expresaron principal o parcialmente a través del ensayo, creo que una serie de ensayistas han quedado fuera. Tengo, pues, que mencionar aquí ciertos nombres, como el de Francisco Ayala, que cultivó el género en todos sus aspectos: literario, sociológico, etc. Y he de repetir los de María Zambrano, Eugenio Imaz, Gallego Rocafull... Cerca, aunque se incline más hacia el lado del periodismo, está Antonio Espina, novelista también, y siempre uno de nuestros mejores prosistas. Es preciso hacer referencia a la notable obra ensayística de algunos poetas: Moreno Villa, por ejemplo, y, desde luego, Pedro Salinas.

Pero hay una figura que cabe de lleno en este apartado: es José Bergamín, un nombre que con mucha frecuencia se olvida en España. Bergamín es, acaso, el escritor más representativo de lo que podemos llamar un ensayista: un gran ensayista. Los temas de que se ocupa son múltiples: unas veces le vemos cerca de la filosofía; otras le contemplamos aproximándose, en forma creadora, a las grandes obras de la literatura; o acaso nos habla de

los toros... Siempre con la mezcla de profundidad y levedad que hace que a una pieza literaria, corta o larga, podamos llamarle «ensayo». La prosa de Bergamín fue, desde sus primeros libros —y sigue siéndolo—, un ejemplo de modernidad que no ha olvidado la lección de los clásicos.

Ser un gran ensayista ya es mucho. Pero Bergamín ha cultivado, además, otros géneros: la poesía y el teatro, especialmente. En cuanto a su labor de promotor, necesitaríamos muchas páginas para medirla en toda su amplitud. Antes de la guerra civil estuvo a la cabeza de «Cruz y Raya», aquella revista católica, posconciliar —muy anterior al Concilio—, que hablaba de promover el diálogo. En México, donde residió algún tiempo, creó una de las más importantes revistas del exilio: «España peregrina». Fue fundador de una importantísima editorial: Séneca.

LITERATURA DE INVESTIGACION Y CRITICA LITERARIA

Por haberme detenido demasiado en la literatura de creación, muy poco podré decir en estas páginas —pero algo diré— sobre la investigación y la crítica literaria.

Muchos entre los exiliados habían iniciado en España su obra como críticos e investigadores de la literatura. Pero, en general, su trabajo pudo madurar en Universidades de América Latina y, principalmente, de Norteamérica. Creo que, casi sin excepción, fueron —o siguen siendo— profesores

de Literatura. Algunos de los que antes he llamado «exiliados voluntarios» andaban por Universidades de América. Amado Alonso, entre ellos. En Buenos Aires creó la «Revista de Filosofía Hispánica», que en 1947 empieza a editarse en México con el nombre de «Nueva Revista de Filosofía Hispánica», la gran publicación que contó desde el principio con la colaboración de notables hispanistas de todo el mundo. Amado Alonso, que luego fue catedrático en la Universidad de Harvard, ha de ser uno de los grandes maestros de la investigación y crítica (7). En Norteamérica estaban, ya en 1939, Federico de Onís y Joaquín Casaldueño —a los que he llamado «exiliados voluntarios», concepto que expliqué anteriormente—. A Universidades norteamericanas llegaron muchos otros tras la guerra civil. Entre los nombres que ahora recuerdo están los del gran filósofo Tomás Navarro Tomás, José F. Montesinos —que creo estuvo antes en México—, Antonio Sánchez Barbudo, Juan López Morillas, Concha Zardoya, José Rubia Barcia, Ramón Martínez López. A otros lugares de América se fueron otros ilustres críticos: Guillermo de Torre —ensayista, crítico, teórico de la literatura—, que hizo además labor editorial muy considerable; Enrique Díaz Canedo, inteligentísimo crítico; Segundo Serrano Pimela, crítico y profesor inolvidable... Una vez

(7) Un joven crítico, uno de los más brillantes entre los que podríamos llamar «ex niños» del exilio, me señaló el hecho de que las jiras de Dámaso Alonso por Latinoamérica y Norteamérica hacia el año 50 o antes fueron un valioso estímulo para los críticos del otro lado del Atlántico.

Arturo Barea.



Francisco Ayala.



José Bergamín.



«LA ESPAÑA PEREGRINA»

más viene el nombre de Francisco Ayala, ahora como catedrático y como uno de los más penetrantes críticos que en la actualidad tenemos.

Algunas figuras del mundo de la poesía merecen igualmente destacarse cuando de crítica literaria hablamos. Concretamente pienso en los inteligentísimos libros de Jorge Guillén; en los imprescindibles estudios de Salinas sobre Jorge Manrique o sobre Rubén Darío. Podríamos añadir a Luis Cernuda en sus estudios de poesía, arbitrarios y geniales. Y, claro está, una serie interesantísima de trabajos de J. R. J.

Recordemos que, casi sin excepción, los citados escritores han sido o son profesores de jóvenes extranjeros, y que hicieron su labor docente fuera de España. No es hora de lamentarlo: consideramos que, si muchos jóvenes extranjeros —y algunos jóvenes del exilio— hacen hoy una notable labor de hispanismo, se debe a sus maestros españoles.

LOS PERIODISTAS. LAS REVISTAS

Periodistas de la talla de Antonio Espina, Corpus Barga, Paulino Massip y muchos otros hicieron brillante trabajo en periódicos de Lima, México y muchos otros países. Es preciso anotarlo, aunque no es a la labor individual, sino a la colectiva, a la que me voy a referir aquí.

Aparte de algunas publicaciones mencionadas ya —la «Revista de Filología Hispánica», los «Cuadernos de Historia de España»...—, los exiliados crearon en América un considerable número de importantes revistas culturales. Para no cansar al lector me referiré solamente a algunas de las literarias, creadas en un país: México.

«Romance» fue, según mis informes, la primera revista importante. Dependía económicamente de una editorial mexicana. Entre sus fundadores figuraron: Antonio Sánchez Barbudo, Juan Rejano y Lorenzo Varela.

«Las Españas» fue la primera revista totalmente independiente.

Pretendían sus fundadores —que fueron Manuel Andújar y José Ramón Arana— crear un órgano de expresión, superando todo partidismo o grupo. A la redacción se incorporaron pronto Anselmo Carrero y José Puche Planes; luego, el arquitecto Eduardo Robles Piquer y el escritor Mariano Granados. Los nombres de colaboradores —españoles y extranjeros— que figuran en algunos de sus números, dan una idea de lo que fue la publicación.

Publicación independiente también fue «Ultramar», fundada por los filósofos Wenceslao Roces, Sánchez Vázquez y el poeta Juan Rejano.

«España peregrina» fue una creación de Bergamín. Con él colaboraron Gallegos Rocafull, el ensayista y pensador a que me referiré en ocasiones anteriores —cánigo lectoral de la catedral de Córdoba—; el poeta y novelista José Herrera Petere, José Carner, Juan Larrea, Eugenio Imaz y muchos otros.

«Cuadernos Americanos» fue una publicación de mexicanos y españoles, con Jesús Silva Herzog como director. Colaboraron en su nacimiento Eugenio Imaz, Juan Larrea y León Felipe.

Unas tuvieron una vida más corta, y otras, más larga. Algunas cuentan entre las más importantes publicaciones de nuestro mundo literario hispanohablante.

De las revistas catalanas tengo referencia de unas pocas, aunque supongo que existieron otras. Quiero citar aquí, entre las importantes: «Revista de Catalunya», «La Nostra Revista», «Llestres» y «Quaderns de l'Exili».

LAS EDITORIALES. OTRAS INSTITUCIONES

Quizá lo que viene en primer momento a nuestra mente es la aportación de los intelectuales españoles a la editorial mexicana Fondo de Cultura Económica, fundada en la década del 30 por un grupo de mexicanos notables. En un catálogo del Fondo hallo el siguiente comentario sobre la aportación española: «Cabe aquí recordar el extraordinario aliento cultural que significó la presencia en México del brillante grupo de intelectuales que llegaron de España en 1939, y que en buena parte se incorporó al Fondo para colaborar como directores



María Zambrano.



José Gaos.

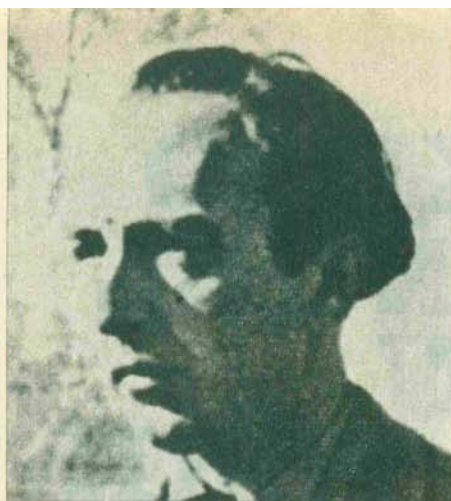
de colecciones, traductores, correctores y orientadores, que pusieron su experiencia —de prestigio internacional— al servicio de una tarea que diera tan ricos frutos» («Catálogo General», 1964). Creo que no cabe añadir más.

La editorial Séneca, fundada por Bergamín con la colaboración de otras personalidades, editó, a través de ediciones de lujo y de ediciones populares, literatura moderna y autores clásicos. Quiero aquí recordar algo que con frecuencia se olvida: en el año 1940, por vez primera, la obra de Antonio Machado —tanto la publicada en libros como la desperdigada por periódicos y revistas de la guerra— se publicó en la forma más completa que entonces se podía hacer. La edición de Séneca sigue siendo un modelo.

Los españoles crean o colaboran también en forma definitiva en las editoriales argentinas. Tendríamos que referirnos a muchas, pero creo que un solo nombre dice bastante a cualquier español: Editorial Losada. El recuer-



José Ferrater Mora.



Agustí Bartra.



García Bacca.



Américo Castro.

do de Guillermo de Torre se asocia inmediatamente a ella. Pero no olvidemos que figuras del nivel de Francisco Ayala y muchos otros que vivieron durante algunos años en Buenos Aires colaboraron también, en alguna forma, en su marcha. Entre las aportaciones de Editorial Losada es imposible pasar por alto el hecho de que la obra de nuestros poetas modernos más ilustres, Machado, Juan Ramón, la generación del 27 y algunos otros cuya obra no se podía publicar en España —Miguel Hernández—, nos llegaron gracias a Losada.

Imposible referirme a la labor editorial catalana y gallega, porque el tiempo y el espacio se van terminando. La catalana tuvo sus centros en México y Santiago de Chile. La gallega, en Buenos Aires y algo en Uruguay. La lista de editoriales gallegas, cuyo nombre tengo recogido, es larga: basta decir que en esta lengua —y algo similar habrá ocurrido con la catalana— todo lo que se publicó entre los años 1939 y los primeros de la década del 50 se hizo en América.

En cuanto a instituciones cultu-

rales, entre otras muchas, es preciso hablar por lo menos de una: el Colegio de México. Fue una creación del gran escritor mexicano Alfonso Reyes para los intelectuales españoles; se llamó, en sus comienzos, Casa de España en México. En el Colegio de México colaboraron juntos los españoles y los mexicanos más ilustres. Desarrollaron —siguen desarrollando— una importante labor de investigación y difusión cultural a través de publicaciones, cursos y conferencias.

FINAL Y CONTINUACION

No he pretendido cantar las glorias de la «España peregrina»; me he limitado a citar hechos. Aunque en general he hablado en pasado y me he referido sólo a los que ya eran hombres al salir al exilio, y aunque muchos han muerto ya, algunos, hoy en su madurez, están dando su obra de plenitud. En general podríamos decir que los que salieron jóvenes, maduros o aun cercanos a la vejez dieron en el exilio su obra mejor: pensemos de nuevo

en Juan Ramón y en otros poetas, en los filósofos, en algunos narradores. A mi entender, el contacto con otros pueblos estimuló su poder de creación: su mejor obra nació, pues, del pasado que llevaban y del presente que captaron. Ahí está para España y para el mundo.

Deliberadamente no hice referencia alguna a los niños del exilio. A los hoy «ex niños». Muchos de sus nombres son o comienzan a ser muy conocidos ya. Dejaron su tierra cuando tenían cinco, diez, quince años. Crecieron, estudiaron, comenzaron a crear fuera de su país. Algunos —los más pequeños— se asimilaron con frecuencia a las tierras nuevas; los mayores han podido sentir muy profundamente los problemas de los países en que pasaron su adolescencia y juventud, sobre todo si ese lugar ha sido algún país de Latinoamérica. Sin embargo, no han dejado de ser españoles; no podrán dejar de serlo jamás. Han vivido los problemas de España tan intensamente como el español que no salió de su tierra: en los de su edad encuentran a sus compañeros de generación.

Es preciso señalar que, en general, los «ex niños» del exilio se han ido más bien hacia profesiones técnicas que hacia el campo de la creación literaria. Hay, sin embargo, entre ellos algún notable narrador y unos cuantos buenos poetas: algunos, muy buenos. Hay algunas figuras que están dando obra notable en el campo de la filosofía, economía, sociología... Hay, sobre todo, una serie de críticos de la literatura cuyos nombres son ya indiscutibles: los temas predilectos de su trabajo suelen ser nuestros clásicos de los Siglos de Oro, o nuestros clásicos modernos de la literatura y del pensamiento. Trabajan sobre Cervantes, o sobre la generación del 98, o sobre los poetas del 27... Las aportaciones de unos cuantos son ya indispensables.

Pero no daré aquí nombre alguno; aunque han hecho bastante, les queda mucho por hacer. Lo saben. Lo están haciendo (8). ■
A. A.

(8) Quiero hacer constar aquí mi agradecimiento a todos los amigos que en una u otra forma me han ayudado en la preparación de este trabajo. Especialmente quiero destacar los nombres de Max Aub, Manuel Andújar, Francisco Pillado, Carlos Blanco Aguinaga, Federico Alvarez, José Luis Abeillán, José Esteban, Ramón Barce y Javier Alfaya.